

11241
21
24

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE MEDICINA
DEPARTAMENTO DE PSIQUIATRIA Y SALUD MENTAL



SOBRE EL SIMBOLISMO Y LA FANTASIA

T E S I N A

DRA. REYNA PANIAGUA GUERRERO

MEXICO, D. F.



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

El acto con que la psicosis reivindica en lo real aquello que no ha merecido reconocimiento en la historia del sujeto, exponiéndolo como testimonio de una verdad ignorada, indica la intervención polivalente que le cabe a lo real en relación con la palabra y la localización que esta logra a través de la tónica de lo imaginario en las fijaciones de la identificación. Es en la psicosis cuando es evidente que señalamos a un pensar que concierne a lo real, es cuando se irrumpe con carácter de acontecimiento lo que no obtuvo el carácter de únicamente simbólico. Es, por tanto, de suma importancia comprender la limitación de lo simbólico, lo imaginario y lo real para penetrar en la patología psiquiátrica de una manera amplia.

Se muestra de manera continua que toda determinación y dominio teóricos del ser dependen de que el pensamiento, elaboré un sistema de signos y aprenda por medio de ellos a representar a los objetos. A medida que esta función de representación se va imponiendo, el contexto de vida va ordenando se. Las determinaciones generales ganan terreno, no se necesita apelar a un objeto individual y colocarlo en toda su concreción, estableciéndose así un conjunto de relaciones y conexiones. En la forma de los signos, en la posibilidad de operar en cierta manera con ellos y combinarlos de acuerdo a reglas fijas y constantes, se revela la propia certeza teórica y conquistándose así el mundo de la idea.

El análisis de lo real conduce al análisis de las ideas y el análisis de las ideas conduce al de los signos. La diferencia que ciertos autores, con justificada razón, advierten sobre signo y símbolo es de suma importancia en esta materia, para poder proseguir. Se deben examinar dos elementos en relación, en el signo esos elementos son necesariamente de naturaleza diferente, puesto que la relación entre significante y significado es necesariamente inmotivada, es impensable que una serie gráfica o sonora se parezca a un sentido, siendo a la vez una relación necesaria, en relación a que el significante no puede existir sin el significado y a la inversa. En cambio en el símbolo, la relación entre simbolizante y simbolizado es no necesaria porque el simbolizante y a veces el simbolizado existen independientemente el uno del otro (llama y deseo), y por esta misma razón la relación no puede ser sino motivada. Ampliando un poco más este punto es de interés recordar que las motivaciones se clasifican en dos grandes grupos: parecido y contigüidad.

Si bien el concepto de símbolo desde Leibniz viene a abrir el campo de lo teórico y lo exacto, se han planteado dudas acerca de su permanencia únicamente en este campo. Puede ser que para el mundo del concepto abstracto sea posible y hasta necesario atenerse a un mundo de signos, pero por muy alto que se valore la perfección racional que alcanza el concepto al unirse con los signos, no puede pasarse por alto que el conocimiento

sólo alcanza este tipo de perfección al final. Todo conocimiento conceptual supone necesariamente conocimiento intuitivo, y todo conocimiento intuitivo supone conocimiento perceptual. ¿Se debe buscar el rendimiento de la función simbólica también en los estadios preliminares del pensamiento conceptual, que al parecer se caracteriza por implicar una certeza inmediata?

Lo que en definitiva parece separar al concepto respecto de la percepción y la intuición es que aquel puede atenerse a meros signos representativos, contentandose con ellos, mientras que la percepción y la intuición guardan una relación enteramente distinta y hasta opuesta con su objeto, ellas se refieren a la cosa misma y no a un signo meramente representativo. Querer borrar esa barrera entre la inmediatez de la percepción o de la intuición y la mediatez del pensamiento lógico-discursivo significaría conmovir uno de los puntos de vista más seguros de la epistemología. Desde el punto de vista de este problema la línea divisoria entre las diversas facultades en que se apoya y a partir de las cuales se estructura el conocimiento teórico, tiene que ser trazada de un modo esencialmente distinto a la tradición psicológica o epistemológica. Por medio del análisis del lenguaje y del mito se ha aprehendido que hay formas de configuración simbólica que no coinciden en modo alguna con la forma del pensamiento conceptual abstracto, sino que poseen y

conservan un carácter enteramente distinto. Lo simbólico, en cuanto tal, en cuanto sea concebido en toda su amplitud, no se limita a los sistemas de puros signos conceptuales. Las configuraciones del lenguaje y del mito aparecen como algo enteramente incomparable a ese mundo de signos conceptuales; resaltando en todos ellos una determinación común: la de pertenecer al campo de la representación. Las imágenes del mito, las estructuras del lenguaje y los signos del conocimiento exacto, determinan cada uno una dimensión propia de la representación. Lo que es importante recordar es que la función simbólica no corresponde a un solo estadio de la imagen teórica del mundo, sino que porta la totalidad de esta.

La percepción y la intuición expresan no solo la capacidad de recibir impresiones del exterior, sino de configurarlas de acuerdo a leyes propias de conformación.

La construcción del mundo de la percepción se lleva a cabo a medida que los contenidos particulares que se ofrecen a la conciencia adquieren funciones significativas cada vez mas diversas y ricas. En cuanto mas avanza este proceso tanto mayor es el ámbito que la conciencia es capaz de abarcar y contemplar.

Cada uno de sus elementos se encuentra en conjuntos significativos que a su vez se relacionan sistemáticamente entre sí y que, en virtud de esa relación, constituyen esa totalidad que llamamos el mundo de nuestra experiencia. El complejo que se extrae de esa totalidad presenta una cierta estructura y un cierto

carácter formal comun. Todos los elementos se encuentran articulados, ya que su constitución es representable y está representada en cada momento. En cuanto la interpretación de esas representaciones, existe la capacidad de la conciencia de deletrear fenómenos y de leerlos como experiencias. Cada fenómeno particular es como una letra, la vista pasa por la letra y va mas allá de ella a fin de representar el significado de la palabra a la cual corresponde la letra, así como también el sentido de la oración en la que se encuentra la palabra. El contenido en este momento no solo se encuentra en la conciencia sino que significa algo para ella. Un mecanismo necesario y uniforme de la conciencia, para entender lo anterior, es las vivencias sensibles y su vinculación asociativa.

Es en este punto cuando se encuentra un problema para comprender lo anterior, y es fundamentalmente entre dos posturas, el positivismo y la comprensión epistemológica y fenomenológica mas profunda que se apoya en Kant como un pilar fundamental.

El positivismo se limitó por principio a lo dado de los datos sensibles, eliminando el momento y motivo característicos que distinguen a la percepción de la mera sensación. Esto lo logra dándole un valor puramente economico a lo simbólico de la percepción. Refiere fundamentalmente que la conciencia no puede entregarse en todo momento con la misma intensidad a todas y

cada una de las impresiones sensibles que la llenan, que no pueden representarse todas con la misma agudeza, concreción e individualización y es por esto que se sirve de esquemas e imágenes en conjunto. Tales esquemas no pretenden ni pueden ser algo más que meras abreviaturas de las impresiones. Cuando se trata de alcanzar agudeza y precisión de la vista, deben ser nuevamente eliminadas las abreviaturas y ser sustituidas por los valores reales, por las sensaciones presentes. De acuerdo con esto todo pensamiento y toda percepción constituyen un acto meramente negativo, que se origina en la necesidad de omitir. Una conciencia que poseyera amplitud y fuerza suficientes para vivir en los detalles mismos no necesitaría de estas unidades simbólicas, podría permanecer en presente, no necesitando de la representación.

Mientras tanto Kant marca el camino al reconocer en el concepto de la percepción trascendental una condición de posibilidad de la percepción misma. Lo primero que nos es dado según plantea el fenómeno, el cual se llama percepción cuando está conectado con la conciencia, pues sin la relación con una conciencia cuando menos posible, el fenómeno no podría nunca constituir para nosotros un objeto de conocimiento. Sin embargo, puesto que todo fenómeno entraña una multiplicidad, de modo que diversas percepciones se hallan dispersas y aisladas en la conciencia, es necesario un enlace de las mismas, el cual no pueden encontrar en la sensación misma.

Con esto queda eliminado el error fundamental del punto de vista del positivismo en cuanto al que los sentidos no sólo suministran impresiones, sino que además las enlazan produciendo así imágenes de los objetos, para lo cual sin duda es necesario algo más que la receptividad frente a las impresiones, o sea una función de síntesis de las mismas. De aquí se desprende que imágenes e impresiones no pertenecen ya epistemológicamente a una misma clase, ni tampoco es posible obtener las primeras a partir de las segundas, pues toda auténtica imagen entraña espontaneidad de enlace. De aquí que es fundamental el concepto de entendimiento como la mera expresión trascendental del fenómeno básico consistente en que toda percepción en tanto que consciente, tiene que ser necesariamente percepción formada. La percepción no puede pensarse ni como perteneciente al yo ni tampoco referirse objetivamente a un algo, a un objeto percibido si ambos modos de relación no estuviesen sometidos a leyes universales y necesarias.

Estas leyes son justamente las que confieren a la percepción tanto su significado objetivo como subjetivo, las que libran a la percepción de su aislamiento, asignándole un lugar dentro de la totalidad de la conciencia y de la experiencia objetiva.

Los conceptos puros del entendimiento, que no expresan más que esa correlación de lo individual con el todo y las diversas direcciones de esa correlación, no se agregan adicionalmente a la percepción, sino que son los factores constitutivos de la percepción misma.

Sin embargo fué hasta Brentano que la definición y análisis de la percepción queda resuelta. Brentano encuentra en el carácter intencional el momento característico de la conciencia, de lo psíquico en cuanto tal. Un contenido psíquico en la medida en que entraña una dirección determinada, una determinación de sentido. Hay que recordar que todo fenómeno psíquico está caracterizado por aquello que los escolásticos medievales llamaron inexistencia intencional de un objeto y que se puede expresar actualmente como referencia a un contenido, dirección hacia un objeto, no entendiéndolo en sí como una realidad. De aquí parte la definición de fenómeno psíquico como fenómeno que contiene intencionalmente un objeto. Brentano ve y subraya enérgicamente que lo psíquico no existe en sí como dato aislado que entra posteriormente en relaciones, sino que la relación pertenece a su pura determinación esencial. Lo psíquico es en virtud de que por el hecho mismo de ser, va más allá de sí dirigiéndose hacia algo más.

La situación ha sido completada por Husserl quien cuando habla de actos significativos o actos que doten de sentido, en virtud de los cuales un objeto se representa en la conciencia, no queda duda alguna de que esa relación entre lo representante y lo representado no puede ser aclarada mediante analogías tomadas del mundo de las cosas, no hablando ya de la mitología de las actividades, la cual ve en los actos actividades de un sujeto psíquico real. La relación entre el acto y su objeto es formulada explí

citamente de modo que no pueda decirse ya que el uno sea inherente al otro. De hecho se distingue tajantemente entre aquello que está contenido en un acto como parte real y aquello que representa, es decir, el objeto al que intencionalmente se dirige.

Cuando no se hace o no se mantiene estrictamente esa distinción se cae inevitablemente en un regreso al infinito, pues si la representación solo puede referirse al objeto en la medida en que entrañe un trozo del mismo como componente real, entonces esa interpolación tiene que repetirse indefinidamente.

La percepción misma adquiere en virtud de su propia estructuración inmanente una especie de articulación, la cual, en sí misma ordenada, pertenece también a cierto orden de sentido. La percepción no es admitida posteriormente en la esfera del significado sino que parece haber nacido ya en ella. Ese entrelazamiento ideal, esa relación que el fenómeno perceptual dado guarda respecto de un todo con sentido, es lo que se designa con la expresión de preñez. Así es como si dirigimos nuestra atención en una dirección básica de nuestra conciencia temporal, el futuro, y, avanzamos en él, ese avance no significa que la suma de las percepciones presentes se vea agregada con una nueva impresión, un fantasma de lo futuro. Por el contrario, el futuro se presenta a la vista de un modo anticipado desde el presente. El presente está preñado de futuro. Esta preñez se distingue inequívocamente de cualquier acumulación meramente cuantitativa de imágenes, así como también de su combinación y vinculación asociativa.

El proceso simbólico es como una corriente unitaria de vida y pensamiento que surca la conciencia produciendo en ese móvil flujo la multiplicidad y cohesión, riqueza, continuidad y constancia de la conciencia.

Ese proceso muestra desde una perspectiva nueva como el análisis de la conciencia no puede conducir nunca a elementos absolutos, ya que es justamente la pura relación la que rige la construcción de la conciencia y funge en ella como verdadero a priori como algo esencialmente primario. Sólo de ese ir y venir de lo representante a lo representado, resulta un conocimiento del yo y de los objetos, tanto ideales como reales. En ese proceso captamos el verdadero pulso de la conciencia cuyo secreto consiste justamente en que cada pulsación crea mil conexiones. No existe percepción conciente que sea mero dato, algo dado que solo se requiere reflejar. Por el contrario, toda percepción entraña un cierto carácter direccional en virtud del cual señala más allá de su aquí y ahora. En calidad de mera diferencial perceptiva entraña igualmente la integral de la experiencia. A fin de que esa integración, esa aprehensión del todo de la experiencia sea posible y realizable partiendo de un solo momento, son necesarias ciertas leyes que regulen el paso de un momento al otro. El valor de la percepción momentánea, tiene que ser concebido como valor determinado y determinable. Esa determinación no puede alcanzar

se mediante mera acumulación y suma de valores singulares, sino exclusivamente a través de la ordenación a que son sometidos dentro del marco de ciertas formas categoriales fundamentales. Lo singular existente es determinado en cuanto a su significado objetivo insertándolo en el orden espacio temporal, en el orden causal, en el orden de cosa y atributo. A través de cada una de esas ordenaciones adquiere una dirección y un sentido específico, que apunta hacia un determinado objetivo. Si se quiere que la experiencia surja como estructura teórica, entonces todo lo particular no sólo puede sino debe ser determinado respecto de esos órdenes. La participación en esa estructura se lo confiere apenas a la apariencia su realidad y su determinación objetivas.

La preñez simbólica que adquiere no le resta nada de su riqueza concreta sino que constituye la garantía de que esa riqueza no se disperse e integre una forma estable cerrada sobre sí misma.

SOBRE LA FANTASIA.

Aristóteles establece en su Metafísica que todos los hombres están guiados por el elemental impulso al saber. El modo más amplio del saber la empiria. Esta caracteriza de manera muy genérica la forma básica de la relación de los seres vivos con lo que se llama mundo circundante. Es una facultad compuesta. Sus elementos son la percepción sensible, la imaginación y la memoria.

Estas tres facultades constituyen una unidad indisoluble.

Es claro que, con la palabra fantasía, Aristóteles no se refiere a lo que solemos entender por fantasía creadora, cuyo derecho consiste en crear lo no existente desde el mundo de que el sujeto dispone, y en sobreponerlo a lo existente. Ahí se alude a la fantasía reproductora de Kant, una modificación de la fantasía originaria. Ahora, en la interpretación originaria la fantasía es un momento constitutivo de la experiencia natural, no solo humana, sino, de modo más simple y más claro, de todo ser vivo.

Para destacar que se trata de la determinación ontológica de una facultad inherente a todo ser vivo me he servido de lo que se ha llamado facultad de imaginar. Esto apunta a la necesidad de situar las estructuras básicas de la facultad de imaginar dentro de la fenomenología ontológica de los seres vivos, en una ontología del hombre en cuanto ser cultural en sus relaciones consigo mismo y con sus semejantes.

Todas las coincidencias son significativas, y nada es un concurso fortuito de circunstancias. Sin embargo, no todo nos es dable conocer, y aquellos subterfugios de la realidad que nos escapan los suplimos mediante lo que se ha dado en llamar imaginación. Los límites de lo inverificable y de lo tangible encuentran así, un justo medio, que la imaginación a su vez ha llamado lo fantástico. Es, sin embargo, entonces cuando la imaginación, sinónimo de libertad, encuentra a su vez un primer obstáculo: la expresión de ese fantástico, su exteriorización participativa, que exige códigos muy particulares y comunes a todos los hombres. Es así que recurre al lenguaje y, dentro de este a la escritura.

Todo pensamiento de origen es una búsqueda. Esta búsqueda se convierte en cuestionamiento de la noción misma de origen, pues no se posee referencia previa sobre la cual iniciar dicha búsqueda. Es por esto que debemos estar plenamente conscientes de que, cuando pronunciamos una palabra como fantástico, no hacemos sino esforzarnos por asir, bajo un concepto general, un significado específico del cual solamente enunciamos el vocablo.

La noción en la que pensamos, cuando buscamos lo expresado por una palabra como fantástico, no es sino un signo, un indicador hacia un significado trascendente que escapa a nuestra conciencia. Este signo es el índice de algo que existe a la vez como objeto y como objeto significado, fuera de la intención que lo

apunta, la intención significativa no tiene, por lo tanto, contenido. Dentro de este esquema, ese algo de lo fantástico, se presenta, mas que como aparición, como una comparación o sea se compara para una comunicación anterior a la comunicación misma. Por todo lo anterior, es claro que para conocer la esencia de lo fantástico no debemos tomar la noción de origen, sino circunscribir el término a algún significado expresivo, como el significado lingüístico. Sin embargo el acercarse al significado lingüístico no aleja de la aproximación filosófica a lo fantástico, pues las hipótesis que surgen lo hacen de una reflexión empírica, que se transforma en lógica.

Mas que un semio, lo fantástico lo entendemos como una señalética, en tanto que lo fantástico no ofrece ningún elemento propio a una hermenéutica como la semiología, pues sólo irradia señales y síntomas. No puede por ello considerarse un primer intento de análisis de lo fantástico, pensando que este posee un conjunto de elementos constitutivos de un sistema de significaciones que funcionaría a la manera de un lenguaje, en tanto no hay leyes específicas, que se pueden descubrir como parámetros de la dinámica fantástica. A lo sumo existe, entre el síntoma fantástico y el texto que lo manifiesta, el concepto de signo como combinación de un significante y un significado, sin que ello presuponga alguna organización semántica de lo fantástico.

Esta señalética podemos denominarla, en el caso que nos con

cierna, una descripción fantástica, como modo operacional que a barque tanto el síntoma, cuanto una modalidad propia de transmisión de esa sintomática.

Siendo fundamentalmente cenestésico, lo fantástico se ha visto abordado por críticos cuyo hermetismo ha contribuido mas a una confusión que a la dilucidación. Parafraseando lo que Malraux sugirió alguna vez a propósito del símbolo puede decirse que "Lo fantástico expresa aquello que no puede ser expresado sino por el mismo". Efectivamente, parece que la deconstrucción gnoseológica de lo fantástico guarda grandes semejanzas con la del símbolo, si lo que se busca es la esencia constitutiva de uno y otro, eso que a partir de ahora ha dado en llamarse esencia o epistema. Sabiendo de antemano que toda clave de los símbolos debe ser ella misma interpretada simbólicamente. Lo fantástico no constituye un lenguaje, y ello porque lo fantástico pertenece al mundo de lo imaginario. Es así que dos fases distintas del símbolo son perceptibles y nos ilustran una paradoja análoga que se opera en lo fantástico. Toda cultura se ordena simbólicamente, y esa infinita gama de asociaciones que abarca desde el nombre de cada individuo hasta las señales de tránsito, no es sino un conjunto de códigos o claves que nos transmite un igual número de significados sustentados en la realidad, arrojan donos siempre una visión particular, finita del mundo. Sería esta la escala de proporciones en y a través de la cual los nombres

se corresponden entre ellos y con los objetos, en ese todo en el que las partes están unidas. Pero al mismo tiempo, el símbolo siempre guarda, paradójicamente, una faz escondida que corresponde a ese costado nocturno de su ser, que linda con lo imaginario. Al no existir, entonces, una estructura universal de lo imaginario, lo fantástico, como el símbolo, guarda siempre una interioridad hipotética, que impele hacia infinitas posibilidades de interpretación, lo fantástico y el símbolo abren así innumerables grados de probabilidades. Es así, sobre la base de esta imposibilidad de reglamentar su estructura en que deben levantarse las hipótesis tendientes a fijar lo que es propio a lo fantástico.

Todo idioma, en tanto busca primordialmente la comunicación debe tener un léxico unívoco, una sintaxis lógica, que permita transmitir un sentido, una significación, lo cual está condensado en la proposición, elemento gramatical y lógico. Dentro del idioma circulante, nos encontramos con palabras especulativas, es decir, polisemias ricas en sentidos. Estas ambigüedades, que son atentados contra todo modelo perceptivo, se denominan deslices textuales. Son estos los que inician otra lengua, que no es ya la lengua del entendimiento, de las distinciones, de los sentidos unívocos y de la lógica gramatical, y es en aquí donde se encuentra el sentido preciso de la palabra especulativa fantástico.

El desliz textual que suscita la palabra fantástico lleva de un nivel original del término o nivel conocido a un nivel des conocido, a través de una minuciosa descripción que mantiene al lector en lo concreto, en lo real dándole primeramente un senti miento de seguridad para luego, con uno o varios elementos des criptivos introducidos repentinamente, hacer bascular dicha segu ridad. Recordando aquí a el doctor Volmat en su estudio sobre el arte psicopatológico encontramos un ejemplo valioso: el pri mer paso en la pintura de expresión fantástica tiene a "abolir el mundo real.... Estamos ante una aniquilación de nuestra rea lidad. El proceso de aniquilación tiende a la destrucción de este mundo nuestro, y a la reaparición de un caos. De manera simultánea y concomitante funciona en sentido inverso un proce so de construcción de un mundo nuevo que es otro".

Toda obra de arte es producto de la imaginación, la imagi nación es parte integral de la realidad, toda obra de imagina ción rezuma una determinada realidad, aun sin que la voluntad del autor intervenga. Así, todo intento por llegar detras del mundo real parte de una realidad ineludible cuyo punto de infl ección es la imaginación. La imaginación es, pues, la base y el contexto de todas las artes, es el elemento envolvente de las otras cuatro funciones de adaptación a lo real que son: pensa miento, sensación, sentimiento e intuición. Lo fantástico se nos presenta como una coyuntura de lo real y de lo imaginario,

mas nunca como alternativa pues lo fantástico carece de centro, justamente por carecer de sistema.

La ambigüedad es evidente, inscrito permanentemente dentro de la realidad, lo fantástico se presenta como un atentado a esa misma realidad que lo circunscribe.

Es precisamente a esta ambigüedad la que se designa con el término de descriptura fantástica, es un elemento vital de aproximación a lo fantástico, catalizador de su dinámica.

Desde el punto de vista de lo fantástico puede juzgarse el fenómeno de la *deja vu*, este es una ilusión mnémica que transmite la sensación de un vivido antes, una situación que aunque desconocida para el individuo en el que se produce, sin embargo la recuerda o ve como una vivencia anterior de esa misma situación.

Este engaño de la memoria, si se lo juzga como una *paramnesia*, es también, una dubitación o fluctuación de la intuición que se da con frecuencia en la percepción de lo fantástico.

CONCLUSIONES.

Toda la crítica hasta el momento ha hecho uso con mayor o menor consistencia, del término realidad y le ha otorgado un su puesto conceptual que, aunque generalizado, no deja de exigir una aproximación algo precisa. Como punto de suma importancia hay que remarcar que todos los elementos constitutivos de la imaginación están en la realidad. La hipóstasis fantástica adquiere por consiguiente, plena vigencia al no ser sino un elemento más de la realidad, elemento que literalmente se traduce y plasma mediante la imaginación.

La pregunta que se encuentra entonces intrínsecamente formulada es ¿qué entendemos por realidad?.

Sin entrar con falsa ambición en un análisis detallado de la realidad, cuyo estudio por sí solo exigiría un tratado, es posible decir al momento que la realidad se nos presenta como el envolvente, el cuerpo general, de todas nuestras manifestaciones, las cuales para producirse (realizarse) requieren de determinados vectores que las transmitan. La parte de la realidad que nos incumbe es, la inalterable objetivación del mundo garantizada por lo que podríamos denominar la conciencia colectiva nacida de la acumulación de hechos que constituye un sistema cerrado y sobretodo lo que operativamente se llamaría el lado interpretativo que conforma su circuito abierto, puesto que aquí se encuentra toda creatividad.

No se trata, sin embargo, de presuponer que la realidad

se desconstruye en dos circuitos, ni menos aún que no se complementan recíprocamente.

Es de suma importancia también recordar que para la fenomenología, el modo primario de evidencia o percepción es intuitivo, siendo la intuición un acto de conciencia mediante el cual el objeto bajo investigación se confronta, en vez de indicarse le en ausencia. Puede aceptarse este planteamiento puesto que toda indagación cognoscitiva tiene, necesariamente, que fundamentarse en actos intuitivos, aun cuando sea necesario para ello aportar modos de evidencia suplementarios como razonamientos inductivos referentes al mundo externo confrontado por la intuición perceptual.

Como ya se dijo la realidad requiere de vectores para transmitirse, uno de ellos es la imaginación. Esta, a su vez, es transmisión de lo fantástico, entendido como objeto de intuición, como percepción en sentido fenomenológico que no es categorizable.

La forma de basculación que opera en lo fantástico es de una situación entre la realidad y la desrealidad. Como una suerte de locución verbal de la imaginación, una dubitación intuitiva entre sus componentes, pero sin cuerpo propio.

Jean Piaget ha enseñado que la lógica no es innata en el niño, nada en el hombre es innato pues el hombre es el ser que mas necesita de la noción de herencia civilizadora para formarse y desarrollarse plenamente. Gracias a la biología genética

desarrollada recientemente por Henri Laborit, que existe eso que hemos venido denominando la conciencia acumulativa, que moldea, construye y alimenta la esencia de todo ser humano. Es decir, que, detrás de cada individuo hay una psiquis acumulativa que predispone al niño recién nacido a una cierta percepción del universo circundante. Esto hace que todo individuo nazca con esencias biológico-culturales que no hace, en su devenir existencial, sino confirmar, refutar, corregir, innovar o mejorar, esencias por tanto, que ya son, una visión del mundo, determinada aunque de hecho No Finita. Esta visión es entonces una primera valoración del universo, mas allá de la cual, apenas un paso adelante está en la categorización axiológica que, todo ser humano hace del mundo.

**ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

CONCLUSION FINAL.

Lo fantástico es una expresión no del contenido racional de nuestros pensamientos, que le escapan en todo caso, sino de todo lo que no es racionalidad pura. La obra de expresión fantástica es pues, al mismo tiempo, función y paralelo de las actitudes intuitivas de la realidad y por eso expresa, a través de un momento forzosamente reducido, un cierto equilibrio de todas esas actitudes. Lo fantástico es, entonces, una síntesis, de una expresión estructural objetiva que establece un orden determinado y, al mismo tiempo, de una expresión emotiva subjetiva, síntesis eficaz en la medida en que descarta el orden de todas sus estructuras primarias, confirmándolas, paradójicamente, mediante las excepciones que logra acumular a las precedentes, desviando siempre sus significados.

BIBLIOGRAFIA.

BIBLIOGRAFIA.

- Maurice Blanchot. El Canto de las Sirenas. Col Ideas. Gallimard. Paris. 1971.
- Jean Lacroix. Le sens de la transcendance. Ed. Beauchesne. Paris 1973.
- Bertrand Russell. On Denoting. Allen & Unwin. Londres 1956.
- Leonard Linsky. Le problème de la référence. Editions du Seuil. Paris 1974.
- Tzvetan Todorov. Introducción a la literatura fantástica. Ed. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires 1972.
- Dan Sperber. Le symbolisme en général. Ed. Hermann. Paris 1974.
- Octavio Paz. Las peras del olmo. Barral editores. Barcelona 1971.
- Louis Vax. L'art et la littérature fantastiques. P.U.F. Paris 1970.
- Robert Volmat. L'art psychopathologique. Ed. Minard. Paris. 1957
- Lucien Goldmann. Structures mentales et création culturelle. Ch. Bourcis. Paris 1973
- Roger Caillois. Au coeur du fantastique. Gallimard. Paris. 1965.
- Hans Reichenbach. La filosofía científica. F.C.E. México, D.F. 1975.
- Wilhelm Szilasi. Fantasía y conocimiento. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1970.
- Eduardo Nicol. Metafísica de la Expresión. F.C.E. México, D.F. 1974.

George Miller. Lenguaje y comunicación. Amorrortu editores. .
Buenos Aires.1979.

Jordi Llovet. Por una estética egoísta. Ed. Anagrama.Barcelona
1978.

Ernst Cassirer. Filosofía de las formas simbólicas. F.C.E.
México D.F. 1972.